



PONENCIA

JUVENTUD RURAL Y RELEVO GENERACIONAL EN LA AGRICULTURA

Juan Jesús González, Prof. Titular de Estructura Social de la UNED
Con la colaboración de Cristóbal Gómez Benito y Juan Manuel García Bartolomé

INDICE

1. PLANTEAMIENTO GENERAL.....	1
2. EL IMPACTO DE LA DESAGRARIZACIÓN (1984-2000)	7
3. SITUACIÓN ACTUAL DE LOS JÓVENES RURALES	10
4. LA JUVENTUD AGRICULTORA.....	17
5. RECAPITULACIÓN FINAL	21
6. REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS.....	24

1. PLANTEAMIENTO GENERAL

Esta contribución al Libro Blanco de la Agricultura y el Desarrollo Rural recoge los principales resultados del estudio sobre la Juventud Rural Española realizado por el Instituto de la Juventud de España en colaboración con el Centro de Investigaciones Sociológicas. Este estudio se apoya principalmente en una encuesta realizada en el año 2000, quince años después de la realización de la primera encuesta a este colectivo, cuyo informe, realizado por Juan Jesús González, Angel de Lucas y Alfonso Ortí y publicado por el MAPA en 1985, había sido la principal referencia desde entonces en esta materia.

El estudio se ha propuesto analizar los principales rasgos de la juventud rural en relación con el proceso de emancipación, los logros escolares y formativos, la inserción laboral, las prácticas asociativas, los estilos de vida y las preferencias políticas. A diferencia del primer estudio sobre la juventud rural (González et al 1985), que estuvo dedicado, en su mayor parte, al estudio de la juventud agricultora, este nuevo estudio (*EJR 2000*, a partir de ahora) ha desplazado su interés hacia el estudio de la ruralidad en su conjunto, con relativa independencia de la

actividad agraria. No se trata solo de que haya cambiado la institución demandante del estudio (el de 1984 se hizo por encargo del MAPA), sino que el intenso proceso de desagrarización vivido por España en los últimos quince años ha hecho de la actividad agraria una actividad secundaria incluso en el medio rural. Para bien o para mal, la agricultura ha dejado de ocupar el centro de la ruralidad.

Aunque hemos recurrido a una amplia gama de fuentes estadísticas, la fuente principal de información procede, como hemos dicho, de una encuesta del CIS que ha intentado replicar, con algunas adaptaciones, la encuesta anterior de 1984. Se trata de una encuesta a individuos de ambos sexos, de edades comprendidas entre 15 y 29 años, residentes en núcleos de población menores de 3 mil habitantes pertenecientes a municipios menores de 30 mil habitantes (¹). La principal modificación respecto a la encuesta de 1985 ha sido elevar el límite de tamaño de dichos núcleos desde los 2 mil habitantes, tal como se hizo en 1984, hasta los 3 mil. Con esta ligera modificación hemos pretendido contrarrestar los efectos del proceso secular de pérdida de población registrado por este tipo de hábitat, aumentando el ámbito de estudio sin que ello desvirtúe el carácter rural de nuestro universo de referencia.

Téngase en cuenta, por tanto, que nosotros operamos aquí con una definición de ruralidad que no se corresponde con la definición habitual de las oficinas estadísticas, en virtud de la cual se considera población rural a los residentes en municipios de menos de 2 mil habitantes. De acuerdo con esta definición y tomando como referencia los municipios que en 1991 tenían menos de 2 mil habitantes, estos municipios contaban en 1981 con una población de 3487 mil, lo que representaba un 9,3% de la población nacional. Estos mismos municipios contaban en 1998 (17 años después) con una población de 3103 mil, lo que representa un 7,8% de la población nacional. En cuanto a la evolución, podemos distinguir dos periodos en este proceso de pérdida demográfica: en el primero, la década 1981-91, estos municipios perdieron en torno al 10% de su población. En el segundo, entre 1991 y 1998, perdieron solo el 1% (García Pascual 2000), lo que sugiere un punto de inflexión en el proceso secular de pérdida demográfica.

Pues bien, para hacernos una idea de lo que significa pasar de una definición de ruralidad en términos de tamaño de municipio a otra, en términos de tamaño de núcleo o entidad, baste con los siguientes datos:

¹ El tamaño de la muestra es de 2440 entrevistas (+2% de margen de error, para un 95% de confianza), que han sido distribuidas entre 332 núcleos o entidades. El trabajo de campo se realizó en los meses de noviembre y diciembre de 2000. Para cualquier aclaración adicional, véase la ficha técnica del estudio 2403 del CIS, <http://www.cis.es>

- Los municipios inferiores a 2 mil habitantes (cuya población se ha mantenido relativamente estable, como acabamos de ver, durante la última década) representan, aproximadamente, el 40% de nuestro universo de estudio (definido como entidades de menos de 3 mil habitantes pertenecientes a municipios de menos de 30 mil).
- Las entidades de población de menos de 2 mil habitantes pertenecientes a municipios de más de 2 mil habitantes y menos de 30 mil representan otro 40% de nuestro universo.
- Por último, el 20% restante se compone de entidades de más de 2 mil habitantes y menos de 3 mil pertenecientes a municipios de menos de 30 mil habitantes.
- En términos absolutos y según el Padrón de 1998, los jóvenes entre 15 y 29 años residentes en municipios de menos de 2 mil habitantes eran 547 mil, en tanto que los residentes en entidades de menos de 2 mil pertenecientes a municipios entre 2 y 30 mil eran 463 mil, lo que hace un total de 1010 mil jóvenes. Este millón de jóvenes será nuestro colectivo de referencia cuando comparemos el estudio de 1984 con el actual. En los demás casos, hay que añadir la tercera categoría (entidades entre 2 y 3 mil habitantes pertenecientes a municipios inferiores a 30 mil), que incluye a 282 mil jóvenes, con lo que, en total, el estudio actual se refiere a un universo compuesto por 1292 mil jóvenes.

Tal como hemos visto, el proceso de pérdida demográfica de los núcleos rurales parece haber tocado fondo en los años noventa, pero conviene que nos detengamos un momento en lo que esto significa. Pues si descomponemos la dinámica demográfica en sus dos componentes principales (crecimiento vegetativo y saldo migratorio), lo que nos encontramos es que aunque el primero ha seguido siendo fuertemente negativo (efecto combinado de alta mortalidad y baja natalidad), el saldo migratorio ha sido positivo por primera vez, hasta casi compensar el decrecimiento vegetativo (García Pascual 2000). Además del retorno ya conocido de los que emigraron en décadas pasadas, es ahora la llegada de inmigrantes, también a los núcleos rurales, la que está ayudando a equilibrar la demografía de estos núcleos ⁽²⁾.

Como resultado de esta dinámica, la población rural ha llegado a un grado extremo de envejecimiento, con la consiguiente reducción del peso de los jóvenes. De acuerdo con el

Censo de Población de 1991, los jóvenes entre 15 y 29 años representaban el 25% de la población nacional, pero representaban solo el 21,3% de la población residente en municipios de menos de 2 mil habitantes. Siete años más tarde, según el Padrón de 1998, el peso de los jóvenes en el conjunto nacional se había reducido en un punto (24%), debido al proceso general de envejecimiento de la población española, en tanto que el peso de los jóvenes rurales en su propio medio se había reducido en más de dos puntos (hasta el 18,9%), lo que nos puede dar una idea del sobreenvjecimiento del hábitat rural (³).

Además del envejecimiento, la otra cara del deterioro demográfico de los pueblos ha sido la masculinización: una de las características de los flujos migratorios del campo a la ciudad ha sido su sesgo sexual, dada la mayor disposición de las mujeres jóvenes al abandono del campo. La masculinización rural se ha convertido así en un tópico para los observadores del medio, con todas sus secuelas en términos de aislamiento y celibato masculino, complementado por la tendencia a la desvinculación femenina respecto de este mismo entorno. Con frecuencia, subyacen estrategias familiares tendentes a diversificar la suerte de los hijos en función del sexo, con el resultado de mejor rendimiento escolar y tasas migratorias más altas en el caso de las mujeres jóvenes.

De acuerdo con los datos elaborados por Camarero (2002), los municipios entre mil y 2 mil habitantes contaban en 1991 con 90,3 mujeres por cada cien varones en el grupo de edad 20-29 años, cuando la media biológica nacional estaba en 96,8 mujeres por cada cien varones. Este desequilibrio llegaba entonces a las 86,6 mujeres por cada cien varones en los municipios entre 500 y mil habitantes, y hasta las 82,4 en los municipios de menos de 500 habitantes. Tomando como referencia el Padrón de 1998, las proporciones parecen haberse reequilibrado ligeramente (91,3, 88,5 y 84,6, respectivamente), lo que sugiere una suavización del fuerte sesgo sexual característico de la emigración campo-ciudad, pero la pauta diferencial persiste, con el resultado que podemos observar en el gráfico anexo: "Pirámides de población 1998".

Aunque analíticamente diferenciables, ambos desequilibrios, de edad y de género, se realimentan mutuamente, contribuyendo a un grado extremo de envejecimiento y al derrumbe de la natalidad, si bien en este último punto la tendencia también parece haber tocado fondo, lo que nos retrotrae a nuestro primer estudio de 1984. No hace falta recordar que por aquel entonces España estaba tocando el fondo de la larga crisis económica iniciada en los años

² Hay que tener en cuenta que los inmigrantes que trabajan en la agricultura representan un porcentaje del total de permisos de trabajo concedidos muy superior al peso del sector agrario en la economía nacional (Camarero 2002).

³ Los datos nos han sido facilitados por L. A. Camarero, en comunicación personal, a quien agradecemos su colaboración.

setenta. Una crisis larga para todos, pero en particular para un sector que no había superado todavía su propia crisis, la crisis de la agricultura campesina abierta tiempo atrás. En tales circunstancias, el diagnóstico global de aquel primer estudio estaba marcado por el pesimismo y por consideraciones sobre el fracaso escolar, el paro juvenil y el *aparcamiento* de la juventud rural en el entorno de la agricultura campesina a la espera de tiempos mejores.

Pues bien, es precisamente esa generación de jóvenes que perdieron su oportunidad de escapar del campo por culpa de la crisis industrial de los setenta (que en España se alargó hasta mediados los ochenta) la que se ha convertido ahora –ironía del destino– en la “generación soporte” de la demografía rural (la expresión es de Camarero). Y bastaría con que esta generación mantuviese la fecundidad de la inmediatamente anterior para que, por primera vez en mucho tiempo, se detuviese el dramático derrumbe de la natalidad rural (Camarero 2002).

Estos desequilibrios de edad y sexo que caracterizan la dinámica demográfica del hábitat rural se inscriben en un proceso secular de desagrarización cuyo impacto es todavía difícil de calibrar. Para hacernos una rápida idea de su magnitud baste con retener los siguientes datos, que resultan de poner en relación la evolución de la actividad agraria con los ciclos económicos más recientes de la economía española. El primer dato a tener en cuenta es que mientras la población ocupada agraria representaba el 20,4% del empleo total existente en 1977 (justo antes del impacto de la crisis de los setenta sobre el empleo), esta proporción se redujo a la mitad en 1991 (10%) y quedó por debajo del 7% en 1999. Dado que en 1984 (cuando la crisis toca fondo) se habían perdido dos millones de empleos con respecto a 1977, el peso relativo de la agricultura seguía siendo por entonces muy considerable (17%), pero se desplomó literalmente durante la segunda mitad de los ochenta, en tanto se crearon más de dos millones de empleos no agrarios. Desde 1991 (momento álgido del ciclo expansivo de la segunda mitad de los ochenta), se mantiene la disminución del empleo agrario, aunque a un ritmo menor, debido a que la agricultura se había desprendido ya de la mayor parte de sus excedentes laborales (González y Gómez Benito 2002).

El segundo dato a tener en cuenta es que, en los sectores no agrarios, el peso de los asalariados disminuyó de manera drástica durante la crisis de los setenta, pero se recuperó durante la segunda mitad de los ochenta, con la creación de dos millones de nuevos empleos. Dada la situación excedentaria del sector agrario, cabía esperar que sus efectivos disminuyeran en la segunda mitad de los ochenta, aprovechando la fase expansiva del nuevo ciclo económico.

Ahora bien, tal expectativa se vio más que cumplida para los autónomos agrarios, pero no así para los asalariados. De hecho, estos últimos, que habían reducido sus efectivos de manera drástica durante la fase de crisis (perdiendo peso relativo en el sector), se mantuvieron casi estables en la segunda, con el paradójico resultado de ganar peso relativo en el sector cuando todo apuntaba en sentido contrario. Se trata de un comportamiento claramente *contracíclico* que solo se explica, a nuestro juicio, a partir de la implantación del Plan de Empleo Rural en 1984 (González y Gómez Benito 1997).

No se trata, sin embargo, de ninguna peculiaridad de la etapa socialista: de hecho, los años noventa repiten la pauta observada en la década anterior. Mientras la agricultura familiar desciende tanto en la fase de crisis como en la de expansión, los asalariados descienden en la fase primera (entre 1991 y 1996), pero se recuperan en la segunda (entre 1996 y 1999), lo que corrobora el mencionado carácter *contracíclico*.

En definitiva, el análisis de la evolución de la actividad agraria nos informa de una extraordinaria capacidad adaptativa de la agricultura familiar al entorno cambiante de los ciclos económicos y, por ende, al marco de oportunidades ofrecido en cada momento por la evolución general de la economía. Si observamos más de cerca este proceso adaptativo, lo que nos encontramos es una tendencia arraigada y persistente a la reducción de lo que en las estadísticas laborales se conoce convencionalmente como *ayuda familiar*, es decir una mano de obra poco o nada remunerada, típicamente aportada por mujeres y jóvenes que se han ido desvinculando de la actividad agraria, en busca de mejores empleos, contribuyendo así a lo que hemos denominado la *desfamiliarización* de la actividad agraria (Gómez Benito y González 2002).

Esta ponencia está estructurada en dos partes: la primera está dedicada al estudio de la situación laboral de los jóvenes rurales en su conjunto. Para ello, echaremos una mirada retrospectiva sobre la evolución de la juventud rural en los últimos quince años, mediante la comparación entre los dos estudios de juventud rural realizados hasta la fecha: el de 1984 (González et al 1985) y el EJR 2000. En la segunda, abordaremos la situación específica de los agricultores jóvenes.

Más concretamente, vamos a recorrer los siguientes apartados:

- Comenzaremos la primera parte comparando los dos estudios citados en materia de actividad y empleo, a fin de hacernos una idea precisa de la magnitud del cambio registrado en el medio rural en tan solo una generación.

- A continuación, estudiaremos la situación laboral de los jóvenes rurales en la actualidad, deteniéndonos, en particular, en el contraste de género característico de la juventud rural.
- Terminaremos presentando los principales rasgos de la juventud agricultora, tal como se desprenden del estudio sobre “*Condiciones de vida y trabajo de los agricultores y ganaderos españoles*” (estudio 2.273 del CIS, 1998).

2. EL IMPACTO DE LA DESAGRARIZACIÓN (1984-2000)

“*Atrapada entre dos crisis*”: esa era la foto fija que se desprendía del primer estudio de juventud rural realizado en España, en 1984 (González et al 1985). No hace falta recordar que en 1984 España estaba tocando el fondo de la larga crisis económica que se inició diez años antes y que comenzó a superarse justamente un año después, en 1985. Una crisis demasiado larga para todos los sectores sociales, pero en particular para un sector que no había salido todavía de su propia crisis, la crisis de la agricultura campesina, que parecía cronificarse ante el colapso del sector industrial y la consiguiente imposibilidad de liberar sus propios excedentes de mano de obra.

Consecuencia de ese *atrapamiento* que caracterizaba la situación de la juventud rural a mediados de los años ochenta, aquel primer estudio de 1984 estaba dominado por consideraciones sobre el fracaso escolar, el paro juvenil y la imagen de una juventud *aparcada* en la agricultura familiar a la espera de tiempos mejores. El contraste con este nuevo estudio de 2000 es sumamente elocuente de los cambios ocurridos en el medio rural español en los últimos quince años. Tanto si hablamos de las trayectorias educativas de los jóvenes como de su situación laboral y profesional, el cambio que se observa es asombroso. Hay que tener en cuenta que esta generación que ahora estudiamos, de jóvenes entre 15 y 29 años, es la generación siguiente a la que estudiamos en 1984. Algunos de nuestros jóvenes de ahora podrían incluso ser los hermanos pequeños de aquellos que estudiamos entonces y, sin embargo, parece como si estuviéramos hablando de otro mundo.

Vamos a ilustrar esta transformación desde un triple punto de vista:

- **la situación laboral** de los jóvenes, según que se dediquen principalmente a los estudios o al trabajo.

- El tipo de **relación laboral**, según que trabajen por cuenta ajena o por cuenta propia, y, en este último caso, según que sean autónomos o que trabajen como ayuda familiar.
- La **situación económica** de los jóvenes, según el grado de in/dependencia a la hora de obtener sus ingresos.

A lo largo de la ponencia, compararemos por separado la situación de los varones y las mujeres rurales: esta es la única manera de entender la situación de la juventud rural, por cuanto se trata en realidad de dos situaciones perfectamente diferenciadas, hasta el punto de que la principal peculiaridad de la juventud rural no es otra que su extraordinaria diferencia interna por razón de género.

Por lo que se refiere a la situación laboral de los jóvenes, la situación de 1984 tenía dos características principales: incorporación prematura de los jóvenes a la actividad y predominio del *modo de producción doméstico* ⁽⁴⁾. Esto segundo tenía, a su vez, dos implicaciones principales: alta proporción de jóvenes (de ambos sexos) trabajando en régimen de ayuda familiar y alta proporción de mujeres dedicadas principalmente a tareas domésticas. Ambas cosas han desaparecido del panorama juvenil rural, como veremos enseguida.

Para empezar, la proporción de jóvenes entre 15 y 29 años que tenían los estudios como ocupación principal era de un 10% entre los varones y de un 11,7% entre las mujeres. En el primer caso, escasa dedicación a los estudios y prematura incorporación a la actividad (frecuentemente, la actividad agraria) eran las dos caras de la misma moneda. En el segundo, escasa dedicación a los estudios se correspondía, en cambio, con una alta proporción de mujeres dedicadas a las tareas domésticas, frecuentemente en el hogar de sus padres.

Según el estudio de 1984, 9 de cada 10 jóvenes varones se habían incorporado a la actividad laboral, lo que era compatible con una alta desocupación: 2 de cada 10 varones se encontraban desempleados (véase Tabla 1). La tasa de actividad de las mujeres era mucho más reducida (57%), pero no porque las mujeres estudiaran mucho más (de hecho lo hacían

⁴ Entendemos por modo de producción doméstico un modelo de organización económico-laboral regido por los principios de la familia campesina tradicional: a) un principio de identificación entre los intereses de la familia y los de la explotación, y b) un principio (patriarcal) de jerarquía en virtud del cual el cabeza de familia hace las veces de representante y baluarte de dichos intereses, en tanto que el resto de la familia colabora en régimen de ayuda familiar.

solo un poco más: 11,7% frente al 10% de los varones), sino porque casi un tercio de ellas se dedicaba a las labores del hogar: 31,5% (Tabla 1).

Esta marcada división de roles sexuales era indicativa de un mundo todavía dominado por los esquemas patriarcales típicos del campesinado. De hecho, más de la mitad de los varones ocupados (35,8% de un total de 68,3% ocupados) y casi la mitad de las mujeres (17% de un total de 40,9% ocupadas) trabajaba en la agricultura (Tabla 1).

Tras el intenso proceso de desagrarización vivido en los últimos quince años en el medio rural, poco de esto encontramos ya en la actual generación de jóvenes rurales. La proporción de estudiantes se ha más que triplicado, en tanto que el peso de la agricultura se ha reducido a menos de un tercio en el caso de los varones (pasando del 35,8% al 11,3%) y casi ha desaparecido como ocupación entre las mujeres (Tabla 1).

Tabla 1. – Situación laboral de la Juventud Rural (1984-2000)

	Varones 1984	Mujeres 1984	Varones 2000	Mujeres 2000
Estudiantes	10,0	11,7	32,0	39,4
Hogar	0,8	31,5	0,9	8,7
Ocupados	68,3	40,9	58,6	39,1
Parados	20,8	15,9	7,9	12,2
(Agrarios)	(35,8)	(17,0)	(11,3)	(2,1)

Fuente: González et al 1985, p 82, cuadro 7 y EJR 2000.

Con la desagrarización ha desaparecido también la principal característica diferencial de la juventud rural: el predominio de la ayuda familiar y el fenómeno de la ocupación sin ingresos. En torno a la mitad de los jóvenes ocupados en 1984 (algo menos en el caso de los varones, algo más en el caso de las mujeres) trabajaba en régimen de ayuda familiar, proporción que se ha reducido al 8%, quince años más tarde (ver Tabla 2).

Tabla 2. – Tipo de relación laboral de la Juventud Rural (1984-2000)

	Varones 1984	Mujeres 1984	Varones 2000	Mujeres 2000
Autónomo	12,9	7,8	15,9	13,7

Ayuda familiar	46,0	54,7	8,4	8,0
Asalariado	40,8	37,3	74,7	76,1
(Otra/NC)	(0,3)	(0,2)	(1,0)	(2,1)

Fuente: González et al 1985, p 117, cuadro 11 y EJR 2000.

Dado que la gran mayoría de los jóvenes que trabajaba como ayuda familiar en 1984 carecía de remuneración, el fenómeno de la ocupación sin ingresos afectaba a casi dos de cada cinco ocupados. Quince años más tarde, este fenómeno está prácticamente desaparecido, lo que plantea la paradoja de que, con una tasa de actividad más reducida (a consecuencia de la expansión de los estudios), los jóvenes rurales disfrutan hoy día de niveles muy superiores de independencia económica (Tabla 3).

Tabla 3. – Situación económico-laboral de la Juventud Rural (1984-2000) (porcentajes totales)

	No ocupados 1984	Ocupados 1984	No ocupados 2000	Ocupados 2000
Sin ingresos	37,2	20,5	42,3	1,3
Con ingresos	8,0	33,2	8,8	47,5

Fuente: González et al 1985, p 151 y EJR 2000.

3. SITUACION ACTUAL DE LOS JÓVENES RURALES

Resumiendo, de la comparación de los dos estudios mencionados se desprende: a) una extraordinaria expansión de la escolaridad, y b) la práctica desaparición del modo de producción doméstico, lo que implica la doble desaparición del trabajo sin ingresos y de las labores domésticas como dedicación principal de las mujeres.

A continuación, vamos a detenernos en la situación laboral de la juventud rural en el año 2000 (⁵), siempre desde la perspectiva de las diferencias de género. Comenzaremos presentando la situación de actividad de la juventud rural a fin de observar su evolución con la edad. Entre los más jóvenes (15-19), las diferencias en la tasa de estudiantes por razón de género son de 13 puntos porcentuales (63,4% de varones estudiantes, frente a 76,6% de mujeres), que se reducen a 11 puntos si incluimos a los que compatibilizan estudios y trabajo (5,1% de varones,

⁵ En este apartado tomaremos como referencia las entidades de menos de 3 mil habitantes (es decir, la totalidad de la muestra del estudio EJR 2000).

frente a 3,1% de mujeres). En cualquier caso, se trata de diferencias apreciables que se hacen más visibles todavía en el siguiente grupo de edad (20-24), donde la tasa de mujeres estudiantes supera en un 50% a la de varones (32,6% frente a 21,8%), siendo muy parecidas en este caso las proporciones de los que compatibilizan estudios y trabajo (Tabla 4).

Tabla 4. – La situación de actividad de la Juventud Rural (2000)

	var 15-19	Var 20-24	var 25-29	muj 15-19	Muj 20-24	muj 25-29	TOTAL
Estudia	63,4	21,8	7,3	76,6	32,6	7,1	35,1
Estud. y trabaja	5,1	6,2	7,3	3,1	6,8	3,3	5,3
Trabaja	24,0	59,3	77,3	11,9	40,5	56,1	44,6
Parado	6,6	10,3	6,9	7,2	13,4	14,8	9,9
Hogar	0,6	1,2	1,1	0,6	6,2	18,1	4,6
NC	0,3	1,2		0,5	0,6	0,6	0,5

En cuanto a la situación de ocupación, la pauta diferencial se confirma: mientras la tasa de paro masculina es del 13%, la femenina alcanza el 24%. Atendiendo a la evolución del paro por grupos de edad, se observan también pautas diferenciadas: mientras el paro masculino se reduce rápidamente con la edad (hasta llegar al 8,7% en el grupo 25-29), el paro femenino tiende a estancarse, manteniéndose siempre por encima del 20%.

Tabla 5. – Tasa de ocupación de la Juventud Rural (2000)

	var 15-19	Var 20-24	var 25-29	Muj 15-19	Muj 20-24	muj 25-29	TOTAL
Ocupado	79,6	85,4	91,3	66,7	76,7	78,4	82,2
Busca	20,4	14,6	8,7	33,3	23,3	21,6	17,8

Mucho menos visibles son, en cambio, las diferencias en materia de salarización: la tasa es del 76,5% entre los varones y del 78% entre las mujeres, lo que relativiza la mayor tendencia de los varones al trabajo autónomo que habíamos podido observar en estudios anteriores. Por lo que respecta a su evolución por grupos de edad, la tasa disminuye ligeramente con la edad (Tabla 6). En principio, puede parecer obvio que la probabilidad de los jóvenes, tanto hombres como mujeres, de instalarse por su cuenta aumente con la edad, pero esta pauta constituye un cambio notable respecto a la pauta tradicional de los jóvenes rurales de iniciarse en el trabajo como ayuda familiar, lo que constituye un indicio más del proceso de convergencia con los jóvenes urbanos.

Tabla 6. – Tasa de salarización de la Juventud Rural (2000)

	Var 15-19	Var 20-24	var 25-29	muj 15-19	Muj 20-24	muj 25-29	TOTAL
Asalariado	79,8	78,2	74,0	81,9	78,9	76,3	77,1
No asalar.	20,2	21,8	26,0	18,1	21,1	23,7	22,9

Las diferencias de género desaparecen por completo en lo que se refiere a la tasa de temporalidad: 54% en ambos casos, con parecida evolución por grupos de edad.

Tabla 7. – Tasa de temporalidad de la Juventud Rural (2000)

	var 15-19	Var 20-24	var 25-29	muj 15-19	Muj 20-24	muj 25-29	TOTAL
Eventual	70,7	56,6	45,6	65,9	62,8	44,6	54,3
Indefinido	29,3	43,4	54,4	34,1	37,2	55,4	45,7

A continuación, vamos a estudiar el tipo de ocupación de los jóvenes rurales con ayuda de la clasificación de John Goldthorpe ⁽⁶⁾. De acuerdo con esta clasificación, la EJR 2000 nos ofrece un contraste entre varones y mujeres rurales estructurado en torno a la distinción manual-no manual. En las demás categorías (profesionales, autónomos y no cualificados) las diferencias porcentuales entre varones y mujeres se sitúan dentro de los márgenes de error de la encuesta (ninguna es superior a dos puntos, tal como se puede observar en los marginales de las tablas 8 y 9). Pero mientras las ocupaciones manuales representan el 39,3% de los empleos masculinos y solo el 11,4% de los femeninos, las no manuales representan el 14,8% de los empleos masculinos y el 44,7% de los femeninos (marginales de las tablas 8 y 9).

A continuación, vamos a analizar la estructura ocupacional de ambos, varones y mujeres, desde el punto de vista de la ocupación de los padres. En principio, la estructura ocupacional de los padres se caracteriza por la polarización entre los empleos autónomos, por un lado (ca. 27%), y los empleos manuales y no cualificados, por otro (véanse totales de fila de las tablas 8 y 9). Juntas estas dos últimas categorías representan más del 60% de los empleos de los padres.

⁶ Esta clasificación tiene la ventaja de ofrecer un ordenamiento jerárquico de las ocupaciones en cuatro niveles atendiendo a la cualificación y al prestigio.

Estas cuatro categorías son las siguientes:

- *Profesionales*: incluye a los profesionales y técnicos de nivel superior, así como a los directivos y supervisores que tienen control sobre trabajadores no manuales.
- *Trabajadores no manuales*: incluye los empleos cualificados que se realizan en el ámbito de la administración, el comercio y los servicios. Son los empleos convencionalmente denominados de *cuello blanco*.
- *Trabajadores manuales*: incluye los empleos cualificados en el ámbito de la industria y la construcción. Son los empleos convencionalmente denominados de *cuello azul*.
- *Trabajadores no cualificados*: el resto de los trabajadores asalariados.

Además de estas cuatro categorías, Goldthorpe establece una categoría de *autónomos* que incluye a todos los que trabajan por cuenta propia, excepto cuando son profesionales, que se consideran todos pertenecientes a la misma categoría.

El resultado de la comparación entre estas dos tablas puede resumirse de la siguiente manera: mientras la estructura ocupacional de los varones se configura principalmente en torno a la influencia paterna (el empleo de los varones se estructura en torno a la diagonal de la Tabla 8), el empleo de las mujeres se estructura en torno a las ocupaciones no manuales, casi con independencia de la ocupación del padre (Tabla 9).

Tabla 8. – Tipo de ocupación según Ocupación del padre: VARONES

	Autónomo	Profesional	No manual	Manual	No cualif	TOTAL
Autónomo	35,6	6,7	1,1	4,8	5,4	12,7
Profesional	6,0	22,8	13,4	4,4	7,9	6,9
No manual	16,2	22,8	32,1	12,2	10,4	14,8
Manual	20,1	14,8	21,6	62,5	41,0	39,3
No cualif	22,1	32,8	31,9	16,2	35,2	26,4
TOTAL	27,1	4,3	8,7	32,8	27,0	100,0

Tabla 9. – Tipo de ocupación según Ocupación del padre: MUJERES

	Autónomo	Profesional	No manual	Manual	No cualif	TOTAL
Autónomo	18,2	15,9	7,5	9,3	5,1	10,6
Profesional	13,0	31,5	6,1	7,7	4,2	8,8
No manual	40,2	52,6	51,0	47,3	43,3	44,7
Manual	10,0		10,6	15,9	8,2	11,4
No cualif	18,7		24,7	19,7	39,3	24,5
TOTAL	26,6	3,4	5,5	36,5	28,1	100,0

Una vez conocida la estructura ocupacional de varones y mujeres, vamos a analizar seguidamente su traducción en términos de ingresos. Estos ingresos pueden ser de tres tipos: mensuales, anuales y por hora. Los primeros se corresponden con el salario convencional (en este caso, el salario medio de los últimos meses trabajados). Los segundos dependen del número de meses trabajado al año. En su conjunto, el colectivo de ocupados que nos sirve de

referencia ha trabajado una media de 10,2 meses en el último año, pero hay diferencias significativas entre unas ocupaciones y otras (la desviación típica es 3,0), lo que se traduce en diferencias de ingreso anual. Por último, el ingreso por hora depende de la cantidad de horas trabajada a la semana. En promedio, los ocupados han trabajado una media de 41 horas la última semana, pero con diferencias muy significativas (la desviación típica es, en este caso, 13,6).

Las tablas 10 y 11 recogen los resultados de este análisis: comenzaremos por presentar los más sobresalientes de la comparación entre varones y mujeres. En promedio, el ingreso mensual de los varones es un 27% superior al de las mujeres: 125,8 mil pts. frente a 99,1. Esta diferencia porcentual se mantiene en términos de ingreso anual: 1311,5 mil pts. frente a 1028,8 mil (lo que quiere decir que no hay diferencias en el número de meses trabajados por año entre varones y mujeres), pero se reduce a la mitad en términos de ingresos por hora: 845 pts. frente a 738 (lo que quiere decir que los varones trabajan más horas por semana que las mujeres).

Por tipos de ocupación, las pautas de varones y mujeres son parecidas, pero no coincidentes. En ambos casos, son los profesionales, seguidos de los autónomos, los que más ganan en términos de ingresos mensuales. En ambos casos también, ambas categorías se igualan en términos de ingresos anuales, debido a que los autónomos trabajan mayor número de meses que los profesionales. Pero en ambos casos también, esta aparente igualdad de ingresos encubre, en realidad, dos situaciones muy distintas: la de los profesionales, que tienen un salario por hora muy por encima de la media (en el caso de las mujeres, casi duplica la media), y la de los autónomos, cuyos ingresos por hora están claramente por debajo de las medias respectivas (en torno al 20%, en ambos casos).

Las diferencias entre varones y mujeres tienen que ver nuevamente con la relación manual-no manual: mientras en el caso de los varones, los empleos manuales proporcionan ingresos superiores en todos los casos a los empleos no manuales (e incluso superiores a las medias respectivas de ingresos mensuales, anuales y horarios), en el caso de las mujeres esos mismos empleos proporcionan ingresos inferiores a los empleos no manuales (e inferiores también a las medias respectivas). Solo en el caso de los ingresos anuales, los trabajos manuales femeninos proporcionan ingresos ligeramente superiores a los no manuales (debido a su mayor estabilidad temporal), pero inferiores a la media.

Tabla 10. – Ingresos laborales de la Juventud Rural, según tipo de ocupación: VARONES

	Autónomo	Profesional	No manual	Manual	No cualif	TOTAL
Ingresos mensuales (000)	137,5	151,8	109,1	128,2	120,3	125,8
Ingresos anuales (000)	1628,9	1634,9	1119,2	1351,3	1158,3	1311,5
Ingresos hora	684,6	1096,8	741,7	904,4	802,7	844,9

Tabla 11. – Ingresos laborales de la Juventud Rural, según tipo de ocupación: MUJERES

	Autónomo	Profesional	No manual	Manual	No cualif	TOTAL
Ingresos mensuales (000)	125,2	141,9	95,2	92,3	86,0	99,1
Ingresos anuales (000)	1429,0	1456,2	984,4	1008,7	832,4	1028,8
Ingresos hora	604,0	1405,8	711,7	645,4	659,3	737,6

Hasta ahora el apartado ha estado dedicado al estudio de los ocupados. Antes de terminarlo, conviene dar algunos datos sumarios sobre la situación de los parados. Como se recordará, un 13% de los varones y un 24% las mujeres se encuentran en paro, es decir a la búsqueda de empleo (⁷). En promedio, estos jóvenes llevan buscando empleo ocho meses, pero el tiempo de búsqueda varía considerablemente por razón del sexo (cinco meses en el caso de los varones y diez en el de las mujeres) y de la experiencia laboral (medio año cuando han trabajado anteriormente y algo más de un año cuando buscan primer empleo).

De cada tres parados, dos tienen experiencia laboral y uno busca su primer empleo. La principal característica de esos dos tercios de parados con experiencia laboral anterior es su inestabilidad laboral: en el último año, los varones en esa situación han trabajado un promedio de seis meses y han realizado dos trabajos distintos, en tanto que las mujeres han trabajado

⁷ Sobre el total de la muestra los parados representan un 11%.

cinco meses y realizado tres trabajos distintos. En lógica consecuencia, los ingresos por trabajo conseguidos al cabo del año son más bien escasos: 545 mil pts. en el caso de los varones y 221 mil en el de las mujeres.

4. LA JUVENTUD AGRICULTORA

Pese al intenso proceso de desagrarización del medio rural, el sector agroalimentario sigue jugando un relevante papel en la estructura social y económica del medio rural, posibilitando muy a menudo procesos de desarrollo rural y vertebrando la propia sociedad rural. Y pese a su carácter progresivamente minoritario en el seno de la juventud rural, la juventud agricultora se conforma como un colectivo de indudable transcendencia para el futuro del sector agroalimentario y del medio rural.

Como ya indicamos con anterioridad, el estudio sobre la juventud rural de 1984 prestó una gran atención a la situación de los jóvenes que se dedicaban a la agricultura (González et al 1985). En esos años aún constituían un contingente muy importante de la juventud rural (el 36% de los jóvenes varones rurales aparecían vinculados en uno u otro grado al sector agrario, así como el 17% de las mujeres) y su situación estaba definida sobre todo por su dependencia respecto a la familia y, en particular, respecto al titular de la explotación. Dependencia favorecida por un contexto económico que ofrecía pocas alternativas a los jóvenes rurales, lo que se traducía en una situación de “aparcamiento” en la explotación familiar.

Esta dependencia no afectaba sólo a los que participaban en la explotación como ayudas familiares (que representaban el 46% de los varones y el 55% de las mujeres vinculados/as a la agricultura), sino también a los que figuraban como titulares y/o jefes de explotación, de modo que lo que mejor definía su situación era la relación de doble vínculo reflejada en la expresión “*padre padrone*” (padre/patrón), procedente del título de una película sobre la Italia rural de los años cincuenta.

La realidad hoy es muy otra. La drástica reducción de las ayudas familiares, tal como se desprende del EJR 2000 y como muestran inequívocamente las estadísticas agrarias (González y Gómez Benito 2002), y las mayores y mejores oportunidades de empleo fuera del sector agrario, han supuesto una importante reducción de los jóvenes dedicados a la

agricultura. Según el EJR 2000, sólo un 6,2 % de las personas jóvenes encuestadas (8,2% de los hombres y 2,7% de las mujeres) declaraban que su ocupación era la agricultura, porcentaje que, comparado con la encuesta de juventud rural de 1984, pone de manifiesto la fuerte desagrarización y paralelamente la progresiva salarización y terciarización de la sociedad rural. Este fenómeno de reducción de los jóvenes dedicados a la agricultura (con el consiguiente envejecimiento de la población activa agraria) no es un fenómeno exclusivo de España, sino que afecta a todos los países de la Unión Europea. Un reciente estudio del Parlamento Europeo (2000) proporciona datos preocupantes sobre el envejecimiento de los agricultores (el 27,8% tiene más de 65 años y el 54% más de 55 años) y el descenso de agricultores menores de 35 años en todos los Estados miembros, con especial intensidad en España, Francia, Grecia y Portugal. Esta reducción de agricultores jóvenes no sólo ha afectado a los que realizaban su actividad en calidad de ayudas familiares, sino incluso a los que lo hacían en calidad de titulares y/o jefes de explotación. Y esta tendencia de progresiva disminución de los agricultores jóvenes no se ha visto alterada por la aplicación de los programas de instalación de jóvenes en la agricultura promovidos por la UE desde los años setenta, si bien estos programas han podido frenar algo esta tendencia y, sobre todo, incidir en una mejora de las condiciones (económicas y de cualificación) de los que se quedan en la agricultura, constituyendo un núcleo reducido pero altamente profesionalizado sobre el que descansa hoy buena parte de la agricultura familiar más competitiva (González 1990).

A fin de tener una idea aproximada de los rasgos principales de este núcleo de agricultores jóvenes profesionalizados, vamos a servirnos de la encuesta sobre "*Condiciones de vida y trabajo de los agricultores y ganaderos españoles*" (estudio 2.273 del CIS, 1998), cuyos resultados principales ya han sido expuestos y analizados en Gómez Benito et al 1999 ⁽⁸⁾. La principal conclusión que se deriva de este análisis es que los agricultores jóvenes españoles de hoy (los que no han cumplido todavía los 35 años) se han quedado en mejores condiciones que sus hermanos mayores y que sus padres. Por consiguiente, las diferencias entre este grupo de edad y los restantes presentan un claro contraste generacional, como lo prueba el hecho de que cuentan con explotaciones más grandes y modernas, presentan un perfil más

⁸ Dicha investigación se refiere a aquellos agricultores y ganaderos que figuran en el Régimen Agrario de la Seguridad Social por cuenta propia. Por ello, la encuesta no es representativa de todos los agricultores españoles sino de los agricultores "*a título principal*", es decir, de aquellos que tienen en la agricultura su actividad exclusiva o principal y además son titulares y /o jefes de explotación. Son ellos, pues, los que integran el cuerpo social principal de la agricultura familiar en España, el grupo que podríamos llamar "profesional".

profesional y están más identificados con su actividad y el contexto social y económico en el que viven.

Pero antes de caracterizar este contraste generacional, conviene tener en cuenta algunos datos que nos permiten contextualizarlo. Pues así como el balance del proceso de integración en Europa es considerado globalmente positivo por la mayoría de los encuestados, las perspectivas de futuro son pesimistas o, cuando menos, inciertas, incertidumbre que afecta, sobre todo, a la Política Agrícola Común. De ahí la demanda de una política agraria que permita recuperar la confianza en el futuro (Gómez Benito et al 1999: 57).

Así las cosas, las expectativas de relevo generacional están muy limitadas, cuando no descartadas de manera explícita. Con frecuencia son los padres quienes se encargan de disuadir a los hijos de cualquier expectativa de relevo en la agricultura. No se trata sólo, por tanto, de los conocidos problemas de desafección de los jóvenes por el trabajo en el campo, sino de que la incertidumbre sobre el futuro les desanima.

Los padres perseveran en la conocida estrategia de anteponer los estudios a la sucesión en la explotación familiar (González y Gómez Benito 1997). Puestos a elegir entre “darles carrera” y dejarles una buena explotación, los agricultores españoles se decantan de manera casi unánime por los estudios como mejor manera de asegurar el futuro de sus hijos. Hay que tener en cuenta, por otro lado, que la probabilidad de sucesión está muy influida por el tamaño de la explotación. Como efecto combinado de ambos factores (el tamaño de la explotación y la incertidumbre sobre el futuro del sector), la principal conclusión del citado estudio es que por debajo de las 20 UDES (24 mil euros de margen bruto de explotación) la sucesión es improbable (Gómez Benito et al 1999: 59).

Esta es justamente la razón de que las explotaciones de nuestros agricultores jóvenes sean superiores a las de los mayores tanto en términos económicos (UDEs) como en términos laborales (UTAs) –pues la progresiva desaparición de las explotaciones que se encuentran por debajo de ese umbral (20 UDES) libera recursos productivos que quedan a disposición de las explotaciones donde la sucesión es posible. Asimismo, los hogares de estos jóvenes tienen ingresos más altos, son más pluriactivos y dependen más de los ingresos externos a la

explotación, todo lo cual configura un entorno económico y laboral claramente superior respecto a la media del sector.

Otro aspecto significativo del cambio en la agricultura estriba en el destino de las producciones de la explotación. En este aspecto, los agricultores jóvenes se diferencian de los mayores en que venden sus producciones con más frecuencia a cooperativas y a la industria, mientras que los mayores venden con más frecuencia a comerciantes y mayoristas, lo que revela que los jóvenes están más organizados comercialmente y se relacionan más directamente con otros sectores del sistema agro-industrial. Así mismo, los agricultores jóvenes han realizado un mayor esfuerzo de mejora y modernización de las explotaciones en los últimos diez años que los agricultores de más edad.

Si los agricultores jóvenes se han quedado en mejores condiciones que sus mayores y disponen de mejores medios de vida que estos, no es de extrañar que muestren una mayor satisfacción respecto a su trabajo. Pero, como ya hemos adelantado, los agricultores en general observan el futuro con pesimismo e incertidumbre. Este contraste entre logros y expectativas se debe en parte a la conocida tendencia de los agricultores a subestimar los logros y a percibir el futuro con resignación y fatalismo, pero también es producto de circunstancias concretas y actuales, como ya vimos.

Esta visión pesimista está dominada sobre todo por la incertidumbre respecto a la PAC. Los agricultores están acostumbrados a una cierta inseguridad, como la que imponen el clima o los mercados, pero la PAC introduce un sentimiento nuevo: más de la mitad confía poco o nada en la Política Agraria Común para defender los intereses del sector, siendo los agricultores jóvenes los más desconfiados. El pesimismo aumenta cuando se trata de pronunciarse sobre el futuro de la agricultura familiar: tres de cada cuatro agricultores se muestra de acuerdo con la opinión de que si la situación económica sigue así en pocos años desaparecerán las explotaciones familiares, sin que haya diferencias significativas por grupos de edad.

Uno de los rasgos que definen el perfil profesional de un colectivo es el requerimiento de cualificación para desempeñar una actividad y las formas de acceder a esa cualificación. Desde este punto de vista, los agricultores españoles presentan un dudoso perfil profesional, ya que sólo una minoría considera que "la formación o capacitación agraria es indispensable si

quieres vivir de la agricultura o conseguir en ella un buen empleo”. Esta opinión corresponde al grupo más “profesional”, claramente minoritario, mientras que la gran mayoría de los agricultores se divide entre los que consideran que la formación es simplemente conveniente o interesante, pero no indispensable, y los que consideran que la fuente de cualificación más importante es la experiencia práctica. Es verdad que hay diferencias por razón de edad, de manera que entre los agricultores jóvenes se percibe una mayor valoración de la formación profesional, lo que se corresponde con mayores niveles educativos, tanto generales como específicos, que los de sus colegas mayores. En cualquier caso, aún están lejos de alcanzar los niveles esperables de una agricultura que se dice profesional.

5. RECAPITULACIÓN FINAL

La comparación entre la situación de la juventud rural a mediados de los ochenta y la situación del año 2000 muestra con claridad la radical transformación de la sociedad rural española durante ese tiempo. Entre las dos encuestas, no solo ha cambiado de forma extraordinaria su composición social interna y sus rasgos culturales, sino los perfiles de su contraste con la población (y la juventud) urbana. Puede decirse que las fronteras de lo rural y lo urbano se difuminan en el seno de una sociedad cada vez más integrada y más móvil, al tiempo que desaparecen los límites ecológicos y, sobre todo, socioculturales de dicha distinción rural/urbana.

Esta convergencia tiene su correlato en la percepción que los jóvenes rurales tienen de sí mismos: cuatro quintas partes de los jóvenes rurales no se sienten diferentes de los jóvenes urbanos en cuanto a su manera de ser y sus opiniones. Y si la sociedad rural ha cambiado, mejorando y reduciendo su distancia respecto a la sociedad urbana, es lógico que sus habitantes se sientan más identificados con su localidad, más arraigados. Esto es especialmente significativo en el caso de los jóvenes (tan proclives a desarraigarse de su localidad de origen), pues casi dos terceras partes de ellos preferirían quedarse en sus pueblos si pudieran elegir, lo que está en concordancia con la revalorización creciente de las zonas rurales en la sociedad postmoderna.

El análisis de la evolución de la situación laboral y económica de los jóvenes rurales entre 1984 y 2000 muestra la magnitud de los cambios: los jóvenes rurales actuales se incorporan más tarde a la actividad que los de 1984, debido a la prolongación de sus estudios (la proporción de estudiantes se triplica). Y cuando se incorporan a la actividad lo hacen al margen del negocio familiar, con la casi desaparición de la vieja figura de la ayuda familiar como expresión de dependencia económica y subordinación familiar. Así pues, la expansión de la escolaridad y la casi desaparición del modo de producción doméstico (lo que implica la doble desaparición del trabajo sin ingresos y de las labores domésticas como dedicación principal de las mujeres) son los dos rasgos que mejor definen la situación laboral y económica de los jóvenes rurales en los comienzos del siglo XXI.

Tal vez el dato más significativo de la transformación del mundo rural sean las diferencias de género: con frecuencia, el contraste en el seno de la juventud rural por razón de género es más acusado que entre los rurales y los urbanos tomados en su conjunto, lo que revela la mejora de las mujeres rurales respecto de su situación de partida, poniéndose por delante de los varones en determinados aspectos. Las jóvenes superan a sus coetáneos varones en tasa de escolaridad, aunque les superan también en tasa de paro.

Hay, por otro lado, notables diferencias de género en cuanto al tipo de ocupación preferente de estos jóvenes. Así, las mujeres se orientan en mayor medida a los empleos no manuales mientras que los varones lo hacen hacia los empleos manuales, lo que es coherente con el mayor nivel de estudios alcanzado por las jóvenes rurales. Y aunque los ingresos de los varones superan claramente a los de las mujeres en cómputo mensual o anual (en casi un 30%), esta diferencia se reduce a la mitad en términos de ingresos/hora.

Todas estas tendencias no hacen sino subrayar la aproximación de los jóvenes rurales y los urbanos, sometidos ambos a similares procesos de individuación y emancipación en los que la mujer va ganando terreno.

Por lo que se refiere a la juventud agricultora, esta presenta unos rasgos muy distintos a los que presentaban los jóvenes agricultores de mediados de los ochenta y a los de sus padres. Han accedido a la ocupación agraria en mejores condiciones que sus mayores, lo que se pone de manifiesto en explotaciones más grandes, más intensivas, más modernas, al tiempo que se

encuentran más integrados en el sistema agroalimentario y más organizados. Se relacionan más con las administraciones, están más informados de los servicios y beneficios que la política agraria les ofrece y se benefician más de ellos, además de que son más innovadores. Por otro lado, sus familias cuentan con mayores ingresos, a la vez que son más pluriactivas. En consecuencia, se encuentran bastante satisfechos con su ocupación, a la que valoran mucho.

También los agricultores jóvenes actuales han accedido mayoritariamente a la titularidad de la explotación, lo que contrasta con la situación de hace dos décadas, pero esa emancipación jurídica no se ha visto acompañada en todos los casos de una emancipación real. Todavía son mayoría los jóvenes que tienen que acudir a los grupos familiares de origen (sus padres o suegros, sus hermanos o cuñados) para completar la base territorial de la explotación, para realizar los trabajos de la misma, o compartir la toma de decisiones con sus mayores.

Pese a este positivo balance, los agricultores observan el futuro con pesimismo e incertidumbre. Esta percepción negativa del futuro de la agricultura les hace más críticos que sus mayores respecto a la PAC y la situación de España en la UE (aunque a la vez reconocen sus beneficios, especialmente en lo que se refiere al efecto modernizador sobre la agricultura española), pues se encuentran muy limitados para mejorar sus explotaciones de acuerdo a sus posibilidades técnicas, que consideran al mismo nivel que el de sus colegas europeos.

En definitiva, la juventud agricultora actual ha cambiado a la vez que lo hacía el conjunto de los jóvenes rurales, la propia sociedad rural, la agricultura y la sociedad española en general. El contraste con la situación de hace veinte años es clara. Los cambios y su orientación positivos. Pero aún persisten viejas rémoras, viejos problemas, viejos hábitos, que son los retos de esta juventud de la que depende el futuro de la agricultura española.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Camarero, L.A. (1997): "Pautas demográficas y espaciales de las transformaciones del medio rural: ruralidad y agricultura", en Gómez Benito y González: *"Agricultura y sociedad en la España contemporánea"*, MAPA-CIS, pp 225-246.

- (2002): "La población rural en la última década del siglo XX", en Gómez Benito y González: *"Agricultura y sociedad en el cambio de siglo"*, McGraw-Hill-UNED, 63-77.

García Pascual, F. (2000): "Una aproximación a los cambios sociodemográficos que se han desarrollado en los espacios rurales españoles en la década de los noventa", II Simposio Anglo-Español de Geografía Rural, Universidad de Valladolid.

García Sanz, B. (1997): "Del agrarismo a la terciarización: modelos de actividad en la sociedad rural", en Gómez Benito y González: *"Agricultura y sociedad en la España contemporánea"*, MAPA-CIS, pp 635-652.

Gómez Benito y González (2002): "Familia y explotación en la transformación de la agricultura española", en Gómez Benito y González: *"Agricultura y sociedad en el cambio de siglo"*, McGraw-Hill-UNED, pp 427-450.

Gómez Benito, González y Hazak (1999): *"Identidad y profesión en la agricultura familiar"*, Colección Opiniones y Actitudes, nº 24, CIS.

González, J.J. (1990): "La incorporación de los jóvenes a la agricultura", *Revista de Estudios Agro-Sociales*, 154, pp 39-96.

González et al (1985): "Sociedad rural y juventud campesina. Un estudio sociológico de la juventud rural", Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

González y Gómez Benito (1997): "Clases agrarias, estrategias familiares y mercado de trabajo", en Gómez Benito y González: *"Agricultura y sociedad en la España contemporánea"*, MAPA-CIS, pp 565-580.

González y Gómez Benito (2002): "Una nota sobre la evolución del mercado de trabajo agrario en España", en Gómez Benito y González: *"Agricultura y sociedad en el cambio de siglo"*, McGraw-Hill-UNED, pp 451-457.

ANEXO

1. Comentarios a los gráficos (anexo)

Gráfico 1.- el proceso de emancipación.

El estudio del proceso emancipatorio de los jóvenes nos informa de una clara tendencia a la convergencia en el proceso de emancipación de los jóvenes rurales respecto de los jóvenes en general. Dicho de otra manera, los jóvenes rurales han dejado de ser excepcionales no solo en cuanto a la duración del proceso emancipatorio, sino en cuanto a ciertas pautas específicas tales como la coexistencia de varios núcleos familiares o la emancipación femenina a través de los ingresos del marido.

Este gráfico nos permite hacer una lectura diacrónica del proceso de emancipación, es decir nos permite interpretar la secuencia de emancipación a lo largo de los grupos de edad como si se tratase de una evolución temporal. Desde esta perspectiva, el proceso de emancipación de la juventud española en su conjunto y de la juventud rural tampoco difiere mucho. Aunque las líneas discontinuas que se refieren a la juventud rural (varones y mujeres) parecen apartarse en algún momento de la pauta general, se trata en realidad de pequeños errores muestrales que no impiden observar una secuencia muy parecida para ambos colectivos. De hecho, en el grupo de edad 28-29 años (el último del que tenemos información), la proporción de mujeres y varones emancipados es prácticamente idéntica en ambos casos. Concretamente, la proporción de varones está muy próxima a la mitad, lo que quiere decir que a esas edades la mitad de los varones están todavía poco o nada emancipados, tanto si son rurales o no.

2. Gráfico 2.- Tasas de actividad y paro, según hábitat

Este gráfico pretende ilustrar la influencia del hábitat sobre la actividad de los jóvenes, para cada uno de los sexos. En principio, la principal diferencia por razón del sexo radica en la *tasa de actividad*, es decir en la relación entre las categorías que están vinculadas al mercado de trabajo (ocupados, parados y ayuda familiar) y las que no lo están (estudiantes y hogar). Esta tasa de actividad es once puntos porcentuales superior en el conjunto de los varones (59%) que en el de las mujeres (47,6%). Esta diferencia se debe, en parte, a la dedicación de algunas mujeres a labores domésticas, pero se debe sobre todo a la mayor escolarización femenina.

El gráfico 2 ilustra bien la distinta influencia del hábitat sobre la tasa de actividad, según que se trate de varones o mujeres. La influencia es perceptible en ambos casos, pero lo es mucho

más en el caso de los varones, cuya tasa de actividad pasa del 51% (hábitat urbano) al 75,2% (hábitat rural), que en el de las mujeres, donde pasa del 42,5% al 53,6%.

En cuanto al paro, la influencia del hábitat es también una función del sexo, si bien la función opera esta vez de otra manera. Pues así como el hábitat influye mucho sobre la tasa de actividad de los varones, influye poco sobre su tasa de paro. Por contraste, el hábitat influye poco sobre la tasa de actividad de las mujeres, pero influye mucho sobre la tasa de paro de estas (en este mismo gráfico 2 se puede observar el aumento de la tasa de paro femenina desde el 21,8% en el hábitat urbano hasta el 31% en el rural). Este contraste rural/urbano es, por tanto y antes que nada, un contraste de género, en virtud del cual la experiencia laboral de los jóvenes rurales está muy asociada al sexo: mientras la tasa de paro de las mujeres urbanas es solo un tercio superior a la de sus coetáneos varones, la tasa de paro de las mujeres rurales multiplica la de sus coetáneos varones por dos y medio.

3. Gráficos 3ª y 3b.- Tasa bruta de ocupación y tasa de acceso a los estudios postobligatorios

Los resultados del estudio ponen de manifiesto el extraordinario esfuerzo escolar de las mujeres rurales en los últimos tiempos, por contraste con los varones, cuya pauta escolar resulta menos brillante. Si nos atenemos a los datos, parecería incluso que mientras los varones rurales muestran una pauta declinante, las mujeres rurales no solo se apartan de los varones rurales, sino que incluso mejoran la tendencia de los jóvenes a nivel nacional. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el aparente retroceso de los varones debería ser de carácter provisional, toda vez que los estudiantes rezagados pueden corregirlo en los próximos años.

Los gráficos 3ª y 3b comparan dos indicadores de la situación laboral y educativa de los jóvenes rurales en su conjunto con una parte de ellos mismos: aquellos que se encuentran en una situación más próxima al pleno empleo y, concretamente, los residentes en el valle del Ebro y el arco mediterráneo (región "arco"⁹). El primero de ellos (gráfico 3ª) recoge la evolución de las tasas brutas de ocupación (línea continua) y de las tasas de acceso a la enseñanza postobligatoria (línea discontinua) de todos los jóvenes rurales según sexo y grupo de edad. En la parte izquierda del gráfico aparecen las tasas de los jóvenes más adultos (26-29 años), los cuales se caracterizan por una doble brecha: más ancha en el caso de las tasas de ocupación, más estrecha en el caso de la tasa de acceso a estudios postobligatorios. Ahora bien, mientras

⁹ Se trata de dos paisajes agrarios, Ebro y Levante, que incluyen las siguientes CCAA: Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia y Murcia.

la brecha laboral tiende a estrecharse en los grupos de edad más jóvenes, la brecha educativa se diría que tiende a ensancharse, si bien esto puede corregirse con el tiempo, en la medida que los varones que han dado prioridad a su actividad laboral respecto a los estudios puedan recuperar el tiempo perdido en materia educativa. Pese a que la lógica subyacente a esta evolución o tendencia sería que las mujeres aprovechan su ventaja educativa para cerrar la brecha laboral, cabría todavía la posibilidad de hacer una interpretación *sensu contrario*: puesto que las mujeres lo tienen peor en materia laboral, aprovechan para ampliar su ventaja educativa.

Si nos trasladamos a la región “arco”, la primera interpretación resulta más clara. Pues lo que podemos observar en el gráfico 3b es que las mujeres del grupo 22-25 ya han conseguido traducir su extraordinario esfuerzo educativo (obsérvese cómo se separan las líneas discontinuas y, por ende, cómo se abre la brecha educativa) en beneficios laborales (obsérvese, en cambio, cómo se reduce la distancia entre las líneas continuas), tendencia que las mujeres más jóvenes (18-21) podrían llevar hasta sus últimas consecuencias: el cierre completo de la brecha laboral.

Estos datos tratan de responder a preguntas del tipo: ¿qué ocurre con la escolaridad cuando las dificultades de inserción laboral disminuyen, tal como ocurrió en la segunda mitad de los noventa? ¿Disminuye con ellas el esfuerzo educativo? ¿Disminuyen las diferencias intersexuales? De los datos se deduce que ciclo económico y esfuerzo escolar parecen tener lógicas diferentes para varones y mujeres: mientras estas últimas aprovechan la bonanza económica para mejorar tanto su situación laboral como su nivel educativo, los primeros parecen conseguir lo primero a costa de lo segundo. No se trata con ello, sin embargo, de sacar conclusiones precipitadas de un estudio que no está dedicado con carácter monográfico a la formación y el empleo, sino solo de llamar la atención sobre posibles tendencias cuya comprobación empírica requeriría de información más exhaustiva.